La economía del latifundio y el nacimiento de la literatura nacional en el Caribe

El presente artículo forma parte de un estudio más completo sobre cómo brota y florece la literatura nacional propia en una región caracterizada por siglos de colonialismo[1]. Se enfocan la aparición de la novela en función de manifestación de formación nacionalista, así como las razones históricas que explican el que no haya despuntado simultáneamente a través de todo el Caribe.

Se parte de la suposición que, en el fondo, las formas literarias reflejan precisamente aquellas mismas estructuras sociales que les dieran su razón de ser en un comienzo. En el caso del Caribe, etapas semejantes de formación social y de desarrollo tendrán manifestaciones literarias paralelas de una isla a otra, aún cuando no se hayan producido en un mismo momento cronológico. En eso, precisamente, estriba la importancia del estudio de determinados momentos en la historia del Caribe como de cuanto concierne a la formación social en relación a los orígenes de la literatura nacional.

La unidad del Caribe

> *«A veces sueño con islas, todas las islas que nos rodean... Parece absurdo que cada una tenga su propia existencia siendo todas tan parecidas. Habría que unirlas».*
> EDOUARD GLISSANT, *La maduración*[2].

Como se sabe, las tierras del Caribe han sido sometidas a un continuo e intenso proceso de colonización, más que ningún otro territorio en la historia del hemisferio occidental. Asimismo han retenido su condición de colonia por más tiempo que cualquier situación colonial análoga en Asia, Latinoamérica o Africa. Se trata de una sociedad basada en la esclavitud, y en distinciones de clase determinadas por el color y la raza. Los sistemas políticos y las estructuras legales, como las instituciones educacionales y la vida cultural que se desarrollaran bajo el colonialismo, habían sido copiados de Inglaterra, España, Francia y Holanda. Durante siglos han existido vínculos

[1] *Inside the Kaleidoscope: Literature and History in the Caribbean.* A publicarse en Ediciones Hispamérica (Maryland).
[2] Glissant nació en 1928 en Martinica. Su novela se publicó primero en francés, con el título de *La Lézarde* (París, 1958). Recientemente salió a la luz una traducción al inglés, en la Serie de Escritores del Caribe, de Heinemann.

más estrechos entre Jamaica e Inglaterra,Cuba y España, Martinica y Francia, Surinam y Holanda, que entre las islas mismas. Colonizadores y colonizados, entrelazados durante casi quinientos años.

Generalmente los estudios que se han llevado a cabo sobre la historia y la literatura del Caribe han reflejado esta fragmentación y separación intra-regional ocasionada por la imposición, práctica y legados del colonialismo[3].

El presente estudio, por el contrario, parte de la premisa que las tierras del Caribe poseen, en el fondo, una unidad histórica y cultural de mucha más importancia que las diferencias intra-regionales. Ciertas constantes en la historia de la región han producido a su vez «constantes culturales» repartidas por toda el área. Lo mismo que un calidoscopio, esta unidad representa la suma de diversos elementos aglomerándose en complejas síntesis combinacionales por medios que no difieren mucho de un lugar a otro de la región. Aun cuando síntesis locales parecieran tener manifestaciones diferentes y aparentemente no relacionadas en las distintas islas, a la larga se combinan y pasan a formar parte del más extenso calidoscopio regional.

Las constantes históricas que prestan esa unidad fundamental a una región en apariencia fragmentada y diversificada, serán a su vez transformadas creativamente hasta producir un cuerpo de literatura, indiscutiblemente dividido entre varios idiomas diferentes, más unificado en su compleja búsqueda en pos de una identidad nacional. «Pienso que en Las Antillas tenemos el derecho a hablar de una literatura de identidad que se expresa en francés, en inglés, y en español...», escribe el poeta haitiano René Depestre. «La apasionada búsqueda de esta identidad es el primer elemento de unidad que surge cuando se comparan las líneas de fuerza de nuestra literatura respectiva»[4]. Pero aún dentro de esta misma unidad existen variaciones y muestras de desarrollo desigual o asincrónico.

La unidad esencial del Caribe se comprende al aceptarse la realización de que la región consta de un grupo de sociedades engendradas por experiencias históricas estructuralmente semejantes durante casi quinientos años de dominación extranjera. El auge y la prosperidad del capitalismo europeo dependían en gran parte del éxito de su imperio colonial en el Caribe. España, Gran Bretaña, Francia y los Países Bajos, sin excepción, desempeñan un papel en el establecimiento y fomento del tráfico de escla-

---

[3] Existen, sin embargo, notables excepciones. A mi saber, la primera obra en trazar una detallada historia del Caribe destacando las diferencias particulares dentro de un marco general de unidad, es *Les Antilles Décolonisées,* por Daniel Guérin (París, 1955). Otras obras incluyen *Resistance and Caribbean Literature* (Ohio Univ. Press, 1980), de Selwyn Cudjoe, los ensayos en *Process of Unity in Caribbean Society,* editado por Ileana Rodríguez y Marc Zimmerman (Minneapolis, 1983), y los estudios históricos de Franklin W. Kniwght, *The Caribbean. The Genesis of a Fragmented Nationalism* (Oxford Univ. Press, 1978), y de Gordon K. Lewis, *Main Currents in Caribbean Though* (Johns Hopkins, 1983). También están aquellos críticos caribes que han escrito ensayos sobre varios aspectos de la unidad del Caribe relacionados con la literatura. Véanse, en particular, el concepto de «antillanité» de Edouard Glissant en *Le Discours Antillais* (París, 1981), el ensayo de Alejo Carpentier, «La cultura de los pueblos que habitan en las tierras del mar Caribe», en *La novela latinoamericana en vísperas de un nuevo siglo* (México, 1981), así como las publicaciones de René Depestre, Roberto Fernández Retamar, José Antonio Portuondo, Sylvia Wynter y Edward Brathwaite.

[4] Citada por R. Márquez en Rodríguez y Zimmerman, *Process of Unity in Caribbean Society,* p. 99.

vos, de la estructura latifundista, y de la dependencia económica que caracterizaran al Caribe desde un principio.

Transcurridas apenas unas décadas desde su descubrimiento por Europa, se introducían la caña de azúcar, la esclavitud y las plantaciones (latifundios), y la región partía rumbo a convertirse en uno de los mayores centros de tráfico de esclavos —una de las principales fuentes de riqueza para la expansión del capitalismo europeo —y el lugar donde habría de desarrollarse una síntesis cultural única, compuesta de elementos procedentes de cuatro continentes: Africa, Europa, América y Asia. «Una simbiosis monumental», en las palabras de Alejo Carpentier.

La influencia de uno u otro de los países europeos en aquel rincón del Nuevo Mundo aumentaba o disminuía a medida que transcurrían los siglos de acuerdo a las rivalidades políticas y económicas y guerras intra-europeas. Así, por ejemplo, es posible observar el legado de la España imperial del siglo dieciséis, sedienta de oro, a medida que se va desarrollando La Española, del mismo modo que se manifiesta la feroz competencia que rigiera entre Francia e Inglaterra en el siglo dieciocho para abastecer a Europa de azúcar en el temprano desarrollo de Barbados, Haití[5], Martinica y Jamaica.

Efectivamente, la lucha por la supremacía mundial en el siglo diecinueve fue mayormente costeada con el fruto de la labor proveniente de los trópicos del Nuevo Mundo.

Las economías latifundistas y la formación nacional

En términos de cohesión regional, la estructura de verdadera importancia que saliera del Caribe viene a ser el sistema latifundista: la organización del trabajo forzado para la provisión de la caña de azúcar[6] —método de producción que habría de dominar la vida en el Caribe entre 1680 y 1880. Dentro de aquel marco común —la imposición del sistema de la esclavitud— diferentes políticas coloniales europeas iban a resultar en diversificaciones intra-regionales de gran magnitud en el Caribe.

Un análisis de cómo fuera implementado y desbaratado el sistema latifundista —es decir, de la naturaleza e intensidad de la particular economía negrera y de cómo y cuándo se obtuviera la emancipación— servirá para aclarar por qué una determianda afirmación del sentimiento de la nación, la novela, haría su primera aparición precisamente en el Caribe hispano, más específicamente en Cuba, para no volver a manifestarse sino hasta comienzos de siglo en Haití, y recién a mediados del siglo veinte en el Caribe inglés.

Desde el punto de vista histórico, la novela se vuelve la principal forma de expre-

[5] Conocida entonces como St. Domingue. En el Tratado de Ryswick (1697), España cede St. Domingue (La Española) a Francia. En 1804, parte de la isla se vuelve independiente y asume el nombre de «Haití». El resto del territorio permanece bajo dominio español con el nombre de «Santo Domingo» hasta 1844, cuando pasa a ser la soberana República Dominicana.

[6] Véanse KARI LEVITT y LLOYD BEST, «Character of Caribbean Economy» en *Caribbean Economy*, ed. George Beckford (Kingston, Jamaica, 1975), 34-60, y George Beckford, *Persistent Poverty* (Londres, 1972).

sión literaria en el siglo diecinueve cuando, en cuanto género literario, acompaña y refleja la expansión del nacionalismo europeo inspirado por la Revolución Francesa. Son las monarquías centralizadas las que, al dar a las gentes un solo gobierno y eliminar el feudalismo, hacen posible que surja el concepto de nación; o sea, individuos cuya identidad yace en el hecho de pertenecer a un grupo mayor de personas a las que las une algo en común: se trate de la historia, el idioma, o la religión, como de la participación de todos por igual en las actividades de un territorio determinado.

La novela europea de los primeros años del siglo diecinueve, estrechamente vinculada a la ideología del Romanticismo y del Liberalismo, logra, como otras antes en el siglo dieciocho, captar las características más sobresalientes de su época con un realismo osado y penetrante. No obstante, lo que diferencia la novela pos-napoleónica de las obras de Fielding, Sterne y Defoe, es la nueva preocupación con, y dedicación a, la realidad social propia. El interés por, y el análisis de, las particulares características del momento van cobrando popularidad a medida que el concepto de nación es adoptado por los sectores más amplios de la población.

La novela, entonces, es el género literario empleado por los ciudadanos de las nuevas naciones para explorar y definir, inclusive luchar por una identidad nacional que nace.

En el Nuevo Mundo tiene lugar un desarrollo paralelo. Por toda Latinoamérica, y en especial en el Caribe, la novela es adoptada con el propósito de expresar y consolidar la identidad nacional[7].

La novela caribe comienza con las narrativas que aparecen en Cuba entre 1837 y 1841; libros empeñados en retratar la esclavitud y la sociedad del latifundio cubano. Es la primera vez que un importante cuerpo de obras es producido cuyo sujeto, como su objeto, pertenecen a la realidad inmediata. Su propósito, fomentar el desarrollo del concepto de nación[8].

Francisco (1839), por Anselmo Suárez Romero, es la primera de muchas novelas de protesta en contra de la esclavitud[9]; *Sab,* de Gertrudis Gómez de Avellaneda, aparece en 1841. Al mismo tiempo, Juan Francisco Manzano, un esclavo libertado, compone una autobiografía extraordinaria[10], y Pedro J. Morillas produce un relato en el que se da cuenta de la persecución de esclavos fugitivos. Cirilo Villaverde escribe la primera parte de *Cecilia Valdés* en 1838 (la segunda parte se publicaría en 1882 en Nueva York, durante el exilio del autor). También en esa época escribe Ramón de Palma la primera narrativa «indianista» [11].

---

[7] Véase JEAN FRANCO, *An Introduction to Spanish-American Literature* (Londres, 1969), p. 59.

[8] El presente artículo se ocupa únicamente de las manifestaciones iniciales de la novela nacional en el Caribe. El desarrollo del género en Puerto Rico y la República Dominicada durante el siglo diecinueve, por ejemplo, se examina en mi estudio completo.

[9] Se publica recién en 1880, en Nueva York.

[10] *The Early Life of the Negro Post* (Londres, 1840).

[11] Pasada la ráfaga inicial de producción, la actividad literaria decae hasta después de 1880, cuando la lucha por la independencia le proporciona un nuevo ímpetu. La merma en la actividad cultural (1844-1880) se debe a tensiones internas en la forma de rebeliones de esclavos, represiones brutales, y la primera guerra por la independencia que habría de durar diez años. Véase AMBROSIO FORNET, *En blanco y negro* (La Habana, 1967), pp. 15-17.

No se trata simplemente de una casualidad que semejante explosión de producción novelesca —la primera en su línea en toda la región— haya *coincidido* con la existencia de un extenso sistema de latifundios en la economía cubana.

Todas esas obras constituyen invectivas en contra de la institución de la esclavitud (en nada sorprendente por cuanto parte del movimiento abolicionista había ido abriéndose paso rápidamente en la Cuba de la época), empeñadas en retratar el sufrimiento de los esclavos en las plantaciones además de la crueldad arbitraria y la conducta bestial de los amos. No es la conducta británica de los españoles la que les interesa[12]; su preocupación fundamental la comprende la situación doméstica del momento: los responsables del tratamiento inhumano de los esclavos no son europeos sino otros cubanos —elementos de la «plantocracia» (aristocracia latifundista) cubana opuestos a la abolición de la esclavitud.

Durante las primeras décadas del siglo diecinueve, la oligarquía de terratenientes cubanos se encontraba dividida en dos campamentos opuestos en cuanto a la cuestión de la esclavitud y de la independencia. Un grupo reconocía que la independencia de España les aportaría grandes beneficios en el ámbito de la economía, mas dudaba de su propia capacidad para crear instituciones y un mecanismo de seguridad capaces de controlar a un número tanto más superior de negros en el supuesto de que los españoles abandonaran el área. La monarquía española, temerosa de perder el control que ejercía sobre la plantocracia local si se abolía la esclavitud (seguida, forzosamente, de la independencia), brindaba su apoyo incondicional al grupo.

Los autores de las primeras narrativas, a excepción de Juan Manzano, representaban la segunda tendencia entre los latifundistas: solamente cuando se hubiera eliminado la esclavitud y obtenido la emancipación podría Cuba avanzar económica y culturalmente. Inspirados por las ideas liberales de José Antonio Saco (1797-1879) y de sus contemporáneos[13], Suárez Romero, Morillas y Villaverde pertenecían al grupo de aquéllos que se daban cuenta (entre 1820-1830) de que la institución de la esclavitud se estaba volviendo arcaica —nuevas máquinas habrían de alterar el método de producción del azúcar (se había inventado ya el motor a vapor), mientras que el tráfico legal de esclavos ya había sido declarado fuera de la ley en 1817. Esta facción de los terratenientes se consideraba una entidad bien distinta de España y al margen de sus intereses; eran nacionalistas cubanos dedicados a la creación de una nación independiente, conscientes de que ésta no podría lograrse si no se abolía antes la esclavitud. Era preciso primero asegurarse del apoyo de cientos de miles de esclavos, para después poder ganar la lucha contra la dominación española.

Las novelas son el resultado de la inmersión de los autores dentro de la realidad cubana, y de su participación en la contienda nacional. *Francisco* fue concebida en un comienzo como un documental social con el objeto de conseguir el apoyo de los abo-

---

[12] Este se convierte en tema favorito de las novelas indianistas que abundan en la veintena de años de ahí por 1880 hasta bien después de 1890 —época en que es preciso un sentimiento nacionalista unido contra los españoles durante la segunda, esta vez exitosa, guerra por la independencia.

[13] Dos sacerdotes cubanos en particular, José Agustín Caballero (1762-1835) y Félix Varela (1806-1863), son mayormente responsables de la propagación de las ideas de Bacon, Locke y Condillac en Cuba.

licionistas ingleses[14]. Recién después, lo que empezara como una sistemática recopilación de acontecimientos es convertida en una obra de ficción. En *Cecilia Valdés* encontramos, además de una fuerte condenación de la esclavitud dirigida a acezar la indignación pública, el examen de cierta pauta en el orden de las relaciones raciales entre mulatos libres y blancos que pasaría a ser uno de los temas favoritos de las novelas del Caribe en los próximos ciento cincuenta años[15]. En *Sab,* Gertrudis Gómez de Avellaneda, siendo ella misma hija de un terrateniente, hace una apasionada súplica por que se ponga fin a la degradación de la humanidad. «Los esclavos arrastran sus cadenas con paciencia; mas para romperlas tal vez lo único que necesitan es escuchar una voz gritando, «Sois hombres»,... Cuando me case, no habrá a mi alrededor ningún infeliz que respire el aire empozoñado de la esclavitud»[16].

A fin de comprender por qué el género novelístico del Caribe surge precisamente en Cuba por ahí por 1830, se debe primero examinar la historia de la política colonial europea en el área.

En el comienzo... Colón promete a los Reyes Católicos, arcas colmadas de oro y de incalculables riquezas de sus viajes al Nuevo Mundo. Mas cuando para 1502 no había producido más que la sujeción de la población indígena de La Española (los aravacos) y una colonia española que no contaba más de trescientas almas, la Reina Isabel efectúa un cambio decisivo en su política colonial: la empresa semiprivada (Colón) es abandonada a favor de una altamente centralizada política de colonización e inmigración controlada por el gobierno. La Reina envía a Nicolás de Ovando, acompañado de unos 2.500 españoles, a reforzar el dominio de España en el Caribe. Se aspiraba a reproducir un microcosmos de la sociedad española: exclusivamente católica (libre de moros, judíos, protestantes, gitanos), ortodoxa, y castellana.

Si bien no se consigue la pureza racial o religiosa, Ovando efectivamente logra establecer una sociedad *de colonos* de habla hispana en el Caribe, más notablemente en La Española. Familias enteras llegan de España con objeto de recrear la experiencia europea en el Nuevo Mundo, además de un sinfín de sacerdotes; los indios nativos son convertidos o ejecutados. En buenas cuentas, Ovando triunfa donde Colón había fracasado.

Sin embargo, la explotación del oro por parte de España acarrearía consecuencias desastrosas para la población india. En pocos años los colonos españoles enfrentaban una grave crisis de mano de obra, y se iniciaba, así, el tráfico de esclavos a las nuevas colonias. Para 1530, los cargamentos de esclavos con destino al Caribe son ya un caso frecuente. Unos escasos cincuenta años después se manifestaría uno de los efectos más sorprendentes de la política colonial de los monarcas españoles: la aparición de un nue-

---

[14] Véanse el prólogo y las notas por Mario Cabrera Seguí en la edición de *Francisco* de 1947, publicada en La Habana.

[15] Cecilia Valdés es una mulata que repudia el amor de José Pimienta, un mulato libre, para convertirse en la amante de Leonardo, un criollo blanco que por último la abandona para casarse con una mujer de su misma clase y color. El rencor de Pimienta viendo a blancos disfrutar de privilegios vedados a los mulatos, le lleva a matar a Leonardo en el momento en que éste se disponía a casarse.

[16] GOMEZ DE AVELLANEDA, *Sab* (París, 1920), pp. 75-76; 21.

vo fenotipo racial. «Para 1570 había en las Antillas hispanas veinticuatro poblados mayormente españoles que contaban con una población de aproximadamente 7500 blancos, alrededor de 22.150 indios, además de *un nuevo grupo heterogéneo de africanos, mestizos y mulatos que llegaban a eso de los 65.000*»[17]. (El subrayado es mío).

La experiencia colonialista española de que se ha hablado tiene lugar más de cien años antes de que los franceses e ingleses intentasen siquiera establecer colonias semejantes en tierras del Caribe. De hecho, durante más de un siglo disfrutan España y Portugal del monopolio indiscutible del Nuevo Mundo. Recién a comienzos del siglo diecisiete abandonan Francia, Holanda e Inglaterra —los enemigos de España— sus desavenecias, y vuelven su atención hacia las lucrativas tierras del otro lado del océano, posando un serio reto para la hegemonía española en el Caribe[18].

La característica más distintiva de las primeras tentativas de Francia e Inglaterra de establecer colonias en el Caribe es el poco éxito que obtuvieran. Las primeras colonias españolas estaban basadas en la pequeña agricultura y la cría del ganado, dentro del contexto socio-cultural provisto por la intención de crear en el Caribe un microcosmos de la vida europea del Mediterráneo. Cien años más tarde, los europeos del norte no se hallan dispuestos a encarar indios hostiles, enfermedades, climas desconocidos y dificultades físicas, a cambio de ganancias desiguales como las obtenidas de sus primeros esfuerzos en el cultivo del tabaco. En Europa existía una gran demanda por el azúcar; podrían obtenerse ganancias enormes. Evidentemente había llegado la hora de una política colonial nueva. La decisión por parte de Francia e Inglaterra de abandonar la idea de recrear microcosmos de sus propias sociedades en las colonias del Caribe y de iniciar, a cambio, el cultivo masivo de productos originarios del trópico, más específicamente el azúcar, sin otro objeto que las ganancias, habría de tener repercusiones casi inestimables en el mundo entero.

El rechazo del ideal de las sociedades coloniales por aquel otro de «explotación»[19] iba a comprender la masiva importación de trabajadores forzados, una gran medida de absentismo, y la creación de una nueva organización de trabajo y de gentes: la sociedad del latifundio —desde mediados del siglo diecisiete hasta fines del diecinueve, una sociedad basada en amos y esclavos, con insidiosas divisiones y subdivisiones de clase, raza y color, por toda la extensión del Caribe. Enormes ganancias irían a henchir las tesorerías europeas, y servirían para financiar una revolución industrial y el constante crecimiento y expansión del capitalismo occidental.

Las islas del Caribe inglés son las primeras en experimentar el monocultivo intensivo, siendo Barbados la primera zona de pruebas. El experimento es todo un éxito.

---

[17] KNIGHT, *The Caribbean...* p. 33.

[18] No es mi intención sugerir que las potencias del norte de Europa no tenían ningún interés en el Caribe durante el siglo dieciséis. Por el contrario. Desde el momento en que el Papa Alejandro VI, español de nacimiento y un aliado de Isabel y Fernando, divide al mundo fuera de Europa en dos zonas, una que pertenecería a España y la otra a Portugal (Tratado de Tordesillas, 1494), Francia, Inglaterra y Holanda emprenden una ofensiva por irrumpir en el imperio de comercio español. Mas recién en el siglo diecisiete sucede que España, debilitada económica y políticamente, se ve forzada a ceder la supremacía en el Caribe.

[19] Knight examina las diferencias entre los asentamientos de colonos y los de explotación en *The Caribbean...*, passím.

El sistema latifundista alcanza un máximo de desarrollo en Barbados por ahí por 1650, convirtiendo la isla en una posesión valiosa que recibiría la mayor cantidad de esclavos de todas las islas inglesas. Décadas más adelante, una vez agotados los recursos de Barbados, Jamaica asume la supremacía del cultivo del azúcar. Los franceses inician la seria producción del azúcar un poco más tarde que sus rivales británicos, pero ya para 1780 constituye Saint Domingue su principal fuente de riqueza importada.

De particular importancia dentro del contexto del presente estudio, es el hecho que las primeras sociedades coloniales españolas (Cuba, Puerto Rico) no se hayan vuelto latifundistas hata el siglo diecinueve, y que recién en 1830 se convirtiera Cuba en el máximo productor de caña de azúcar del Caribe.

La sociedad latifundista del Caribe hispano sigue un curso distinto al de la francesa y la inglesa por razones íntimamente relacionadas con diferencias en las respectivas políticas coloniales europeas. Mientras que la estrategia inicial del imperio español pretendía fomentar la colonización, las prácticas coloniales británicas y francesas estaban dirigidas al enriquecimiento del individuo[20]. Por consiguiente, la zona hispano-parlante evidencia una menor inicdencia de absentismo y una proporción más baja de esclavos en la población (alrededor del 50% de los habitantes durante el siglo dieciocho, en comparación con un 85-90% en las sociedades latifundistas altamente desarrolladas del franco y anglo-Caribe). Recién en 1790-1804, tras la fuga del capital y de la técnica franceses de la recién independiente Haití a Cuba, y la creación de un nuevo mercado para el azúcar en la forma de las colonias norteamericanas británicas, mejor dichc, los ya independientes Estados Unidos, se desarrolla en el Caribe hispano, más específicamente en Cuba, una sociedad latifundista hecha y derecha. A fin de suplir una nueva crisis de mano de obra, se trae a Cuba cerca de medio millón de esclavos africanos entre 1823 y 1865.

El advenimiento relativamente tardío de la sociedad latifundista al Caribe hispano permite un período mucho más largo de relaciones coloniales «normales» con el centro europeo. Pues donde no se desarrollaran plantaciones —en la industria cubana del tabaco, por ejemplo— escaseaban los trabajadores africanos y abundaban los europeos. No había azúcar, no había esclavos. Como señala Eric Williams, «fueron las plantaciones de azúcar... las que aplazarían la inmigración de blancos a Cuba en el siglo diecinueve, tal como la habían proscrito en Barbados en el siglo diecisiete y en Saint Domingue en el siglo dieciocho»[21].

Debido al mayor número de colonos europeos permanentes y al menor porcentaje de esclavos, las colonias hispánicas llegan a constituir sociedades donde la incidencia de razas mixtas es mucho mayor que en las sociedades análogas francesas y británicas. Por un lado, la cultura española había tenido más tiempo de arraigar en el ámbito colonial, influenciando clases y razas por igual. Por el otro, además de quedarse firmemente plantada en el fértil territorio del Caribe, también había logrado la cultura del Viejo Mundo engendrar algo nuevo, una «híbrida» —en otras palabras, la cultura criolla del Nuevo Mundo.

---

[20] Véase RAMIRO GUERRA Y SANCHEZ, *Sugar and Society in the Caribbean* (New Haven, 1964), p. 33.
[21] *Capitalism and Slavery* (Nueva York, 1961), p. 27.

La importancia de España y de todo lo español cobra aún más fuerza gracias a la presencia viviente de Latinoamérica. Ni las islas francesas ni las británicas recibirían la clase de refuerzos culturales, incluso políticos, que derivaran Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo de su proximidad a ese vasto continente de un mismo habla, que compartía tantas de sus tradiciones, y que había luchado por independizarse de la misma potencia europea.

A diferencia de Barbados, Jamaica y Haití durante el apogeo de sus respectivas sociedades latifundistas en los siglos diecisiete y dieciocho, Cuba contaba ya hacia 1830 con un sector de la población plenamente consciente de su condición «criolla»[22]. Como señaláramos antes, son los miembros de la facción liberal de la plantocracia quienes formulan las primeras manifestaciones de carácter evidentemente nacionalista, y quienes permitirán la formación de una intelectualidad indígena o criolla.

En contraste con la situación en Cuba, la floreciente sociedad latifundista del Caribe inglés (durante la mayor parte del siglo dieciocho) constituye un factor clave del *tardío* desarrollo del sector criollo y de la cultura nacional en esa región. La gran mayoría de los habitantes eran analfabetos, relegados a trabajos forzados. Buena parte de los europeos que se habían ido estableciendo allí durante el siglo diecisiete y el dieciocho no eran sino renegados procedentes de las prisiones de deudores, burdeles, y otros ámbitos de los bajos mundos de Inglaterra, ansiosos y capacitados únicamente para la lujuria y para complacerse en las flamantes alturas que había alcanzado inesperadamente su posición social por el mero color de su piel.

De ahí la ausencia casi absoluta de creación literaria en las colonias inglesas durante el siglo dieciocho. Lo poco que se produce no es más que la ocasional obra del algún erudito observador inglés.

En el siglo diecinueve las colonias británicas dejan de constituir el foco del cultivo del azúcar y sufren una veloz decadencia económica, incapaces de superar la avasalladora competencia de Cuba[23]. La pobreza y el abandono general quedan de manifiesto en el menguado desarrollo cultural de la época. Jamaica, la mayor de las colonias, no registra más producción literaria durante el siglo diecinueve que la autobiografía de un ex esclavo, algunos diarios de viajes, unos cuantos relatos de la vida en las plantaciones,y contados experimentos novelísticos[24].

---

[22] Empleo la palabra «criollo» en el sentido de lo nativo y nacional, a diferencia de lo extranjero. La palabra también tiene la acepción de persona de padres europeos nacida en el Caribe, o persona de descendencia criolla y africana mixta. En el contexto de este estudio tiene más importancia la actitud —la obligación hacia el Nuevo Mundo— que la exacta composición racial.

[23] El éxito de las plantaciones cubanas se debía en gran parte a una tecnología superior y mayor grado de organización —la invención de la «central»—, como a las consecuencias positivas de sus orígenes como asentamiento de colonos. El absentismo británico obstruía toda innovación agrícola en las colonias. Véase ERIC WILLIAMS, *From Columbus to Castro* (Londres, 1970), cap. 20, para más detalles.

[24] Para un estudio de esta literatura, véase EDWARD BRATHWAITE, «Creative Literature of the British West Indies during the Period of Slavery», *Savacou,* I (junio, 1970), 46-73. Brathwaite sostiene que este cuerpo de literatura de hecho marca el nacimiento de la cultura indígena o «criolla», puesto que los autores poseían «un íntimo conocimiento de las Antillas y estaban en cierto modo ligados a ellas, ya fuese por experiencia o por adhesión» (p. 47). Otros críticos e historiadores discrepan y son de opinión que la literatura

A mediados del siglo diecinueve el sistema de la esclavitud llega a su fin en las colonias inglesas[25]. Poco a poco la emancipación cede el paso a cambios estructurales que han de caracterizar en definitiva estas sociedades coloniales y trazar su desarrollo en el futuro.

Son precisamente los cambios que se producen a raíz de la emancipación los que servirán de tema a gran parte de la literatura que surgiría de aquéllas casi un siglo más tarde. Los «cambios» en cuestión no son otros que la creación de una clase campesina de pequeños terratenientes (con las consiguientes luchas por la adquisición de tierras) y la evolución de sociedades multirraciales derivadas, en su mayoría, de la masiva inmigración asiática que tuviera lugar durante la segunda mitad del siglo diecinueve.

En el Caribe inglés, la emancipación se adelanta casi un siglo a la independencia política. Durante el prolongado período posterior a la emancipación, se emprenden cambios en el orden de las relaciones sociales y económicas que demorarían decenas de años en madurar antes de fundirse en una conciencia nacional en creciente desarrollo, que no asomaría hasta bien avanzado el siglo veinte. Por lo tanto, no se puede realmente hablar de la existencia de una extensa conciencia nacionalista en el Caribe anglo-parlante hasta después de la erupción de los conflictos que condujeran a la independencia política en la década de los cincuenta y de los sesenta.

La participación popular en el gobierno de la sociedad, en un nivel efectivo, es imprescindible si ha de desecharse la parálisis colonial. En el Caribe inglés, donde la falta inicial de una sociedad de colonos y la repetida incidencia de absentismo obstruyeran el desarrollo de la conciencia nacional y de una intelectualidad local, el concepto

---

de este período no tiene importancia alguna. Véanse MICHEL GILKES, *The West Indian Novel* (Boston, 1981), KENNETH RAMCHAND, *The West Indian Novel and Its Background* (Londres, 1970), GORDON LEWIS, *Main Currents in Caribbean Thought*, pp. 321-322. Al comparar la literatura de Cuba y la de Jamaica durante el siglo diecinueve, Ileana Rodríguez observa, «El hecho que las obligaciones de los plantadores de Jamaica yacían últimamente con el aparato de estado del poder colonial (aún cuando éste fuera en alguna forma perjudicial para los intereses económicos de Jamaica), se refleja en las formas narrativas que escogieran espontáneamente sus... escritores. Estos diarios de viajes ponen de manifiesto una relación turística, externa, para con la realidad de Jamaica; los diarios demuestran un interés un tanto más profundo y «residencial», e incluso expresan una cierta identificación de intereses y una cierta... participación, siempre dentro de los confines de clase, en el proceso interno de Jamaica. Pero aun el diario tiene la forma de un sujeto que observa un objeto externo a él. Las novelas revelan un compromiso aún mayor ya que, al menos en la forma, el sujeto y el objeto habitan el mismo mundo. Mientras que las novelas de Jamaica se muestran poco dispuestas a alterar su posición en lo que toca a cuestiones tan centrales como el mercantilismo británico, la autonomía nacional y la esclavitud, las novelas cubanas revelan un espíritu mínimo de reforma y prestan mucha atención al asunto del abolicionismo y de la independencia —de modo que, me atrevería a sugerir, el mero hecho que la novela se revelara la forma narrativa central y suprema deja de manifiesto las raíces más profundas de la aristocracia del azúcar de Cuba en la vida autónoma cubana». *Process of Unity in Caribbean Society*, p. 87.

[25] A excepción de Haití, la disolución de los sistemas de esclavitud siguió el mismo orden en que fueran establecidos: Inglaterra primero, seguida de Francia, Dinamarca, Holanda y, por último, España. Los ingleses dieron término oficial a la esclavitud en 1838; los franceses y daneses en 1848; los holandeses en 1863. La emancipación tuvo lugar en Puerto Rico en 1873 y en Cuba —último reducto de la esclavitud— en 1886. Esta secuencia refleja la cumbre y el ocaso de los distintos centros de sociedades latifundistas del Caribe durante el siglo dieciocho y el diecinueve.

de «nación» no arraigará sino hasta la participación pública en masa en los conflictos sindicalistas de los años treinta y cuarenta, que culminarían en el nacimiento de nuevos estados soberanoes en el Caribe.

A diferencia del Caribe hispano, donde la novela de protesta en contra de la esclavitud surge al tiempo que ésta existía, en las colonias británicas la expresión e interpretación novelesca de la esclavitud y de la emancipación no apuntan hasta cerca de cien años después de la fecha misma de la liberación de los esclavos.

En resumen, se concede a la vida forma de literatura, mas la literatura surge sólo cuando los otrora *objetos* de la emancipación del siglo diecinueve se ven convertidos en los *sujetos,* los protagonistas, de la historia y la política del siglo veinte.

Los autores del torrente de novelas que desborda el Caribe de habla inglesa en los años cincuenta[26], sin excepción, han tomado parte en el proceso de forjación de la conciencia nacional en Jamaica, Guiana, Barbados, Trinidad. Roger Mais, George Lamming, Edgar Mittelholzer, Samuel Selvon, Vic Reid —promotores literarios del nuevo nacionalismo— se entregan al estudio y descripción de puntos claves en la historia del desarrollo político y cultural de sus islas, en un esfuerzo por comprender el presente y hacer frente al futuro.

En el anglo-Caribe, la emancipación precede casi un siglo a la participación pública en los conflictos nacionalistas. En Cuba, la emancipación (en 1886) sirve para unificar a los habitantes de la isla en preparación para la ulterior victoria sobre España (1898).

En Haití, grandes cantidades de esclavos luchan por la independencia política (1791-1804) a fin de conseguir la emancipación. En una serie de batallas durante más de una década, los esclavos de Saint Domingue derrotan a la población local de blancos y resisten dos invasiones francesas, una española, y una expedición británica, para establecer el «Estado Negro de Haití». La independencia política se definía y se entendía en función de la victoria de los negros sobre los blancos y los mulatos. La definición constitucional de nación de 1804 en términos de raza y de color llegaría a constituir una de las características más salientes del desarrollo de la cultura haitiana.

Independiente desde 1804, y víctima de la pobreza y el aislamiento provocados por los boicoteos internacionales de comercio impuestos después de la revolución, Haití poseía pocos de los requisitos favorables para el desarrollo de una intelectualidad nacionalista. La gran mayoría de los ciudadanos seguían pobres y faltos de educación; los intelectuales, una minoría aislada, solían volverse únicamente hacia Francia en pos de inspiración literaria. «Hasta tal extremo, que incluso llegamos a imaginar que éramos franceses «de color», olvidamos ser haitianos, es decir, gentes nacidas dentro de un contexto histórico determinado», aclararía Jean Price-Mars en 1928[27].

---

[26] Según Ramchand, unas cincuenta y cinco novelas son publicadas entre 1949 y 1959 por veinte autores diferentes. Véase *West Indian Novel and Its Background,* p. 63.

[27] Prólogo a *Ainsi parla l'oncle* (edición en español, La Habana, 1968), p. xxxv. Price-Mars, antropólogo, diplomático, escritor, fue el intelectual más influyente de Haití en las primeras décadas del siglo veinte. Diplomado en medicina, sus mayores contribuciones habrían de tener lugar, por último en el terreno de la etnología. Falleció en 1970.

En las décadas posteriores a la revolución brota la literatura patriótica: odas, elegías, himnos. El ensayo, los escritos históricos y la epístola, abundan durante la segunda mitad del siglo, y es precisamente la obra de algunos de estos teóricos e historiadores en las últimas décadas del siglo diecinueve la que servirá de aliciente para la reevaluación de la historia de Haití y de la cultura negra que culminaría en el nacimiento de la novela haitiana: las obras de Fernand Hibbert, Fréderic Marcelin y Justice Lhérisson, que aparecen entre 1900 y 1920.

Apodados «La Generación de *La Ronde*»[28], este prolífico grupo de escritores marcaría un cambio decisivo en la vida cultural de Haití. Influidos por el ensayo *De l'egalité des races humaines* (1885), de Anténor Firmin, que abogaba por que se reconociera el alto grado de civilización del pasado de los africanos, y la consiguiente importancia de Haití por virtud de ser el principal perpetuador de esta misma civilización en el Nuevo Mundo, Hibbert, Marcelin y Lhérisson escriben el primer grupo de novelas en encarar la realidad haitiana[29]. En ciertos sentidos son estos escritores quienes echan los cimientos del movimiento de «Negritud» que florecería a continuación por todo el Caribe, y más allá aún. Son ellos, también los precursores de la Escuela Indigenista haitiana de los años treinta y cuarenta, quienes, bajo el liderazgo de Jean Price-Mars y del más grande novelista haitiano, Jacques Roumain[30], llevarían la literatura haitiana a su plenitud.

Las condiciones de la floreciente economía latifundista de Haití a fines del siglo dieciocho conducen a la revolución y a la independencia política. El nacionalismo, sin embargo, tarda en manifestarse. Desde un comienzo, el concepto de nación haitiano se ve inextricablemente unido a cuestiones de color y de raza. A ojos del mundo, y de muchos haitianos, la primera revolución que triunfara en el Caribe representaba la victoria del «negro» sobre el «blanco»; sólo que ser negro era «malo» y blanco «bueno». Por lo que no sorprende comprobar que mientras no resonara el clamor por la igualdad racial y el orgullo propio proveniente de Haití en las obras de Firmin, Hannibal Price[31] y otros, se haya quedado estancado el desarrollo del orgullo nacional y de la literatura indígena. El interés por las costumbres locales y la preferencia por tradiciones más bien relacionadas con Africa que con Francia, evidentes en las novelas de Marcelin, Hibbert y Lhérisson, marcan una nueva etapa en el desarrollo de la conciencia nacional haitiana.

Unicamente en el Caribe hispano —más específicamente en Cuba— sucede que una economía próspera basada en los latifundios (plantaciones) no consigue sofocar el

---

[28] *La Ronde* (fundada en 1898), formaba parte de una serie de revistas literarias fundadas sucesivamente durante los primeros años del siglo veinte, que servían de foco a la vida intelectual de la isla. *La Ronde* se esmeraba en publicar autores que distinguían sus obras con un «cachet vraiment national».

[29] Este cuerpo de literatura es mayormente desconocido fuera de Haití. Véanse, por ejemplo, *Thémistocle-Epaminondas Labasterre* (1901) y *La confession de Bazoutte* (1909), por MARCELIN.; *La famille des Pitite-Caille* (1905) y *Zoune chez sa Ninnaine* (1906), por LHERISSON, como también *Sena* (1905), *Les Thazard* (1907), y *Romulus* (1908), por HIBBERT. Para un estudio detallado de la novela haitiana, véase LEON-FRAN OIS HOFFMAN, *Le Roman haïtien - Idéologie et Structure* (Sherbrooke, Québec, 1982).

[30] Su novela más conocida es *Gouverneurs de la Rosée* (1944).

[31] *De la réhabilitation de la race noire par la République d'Haiti* (Puerto Príncipe, 1900).

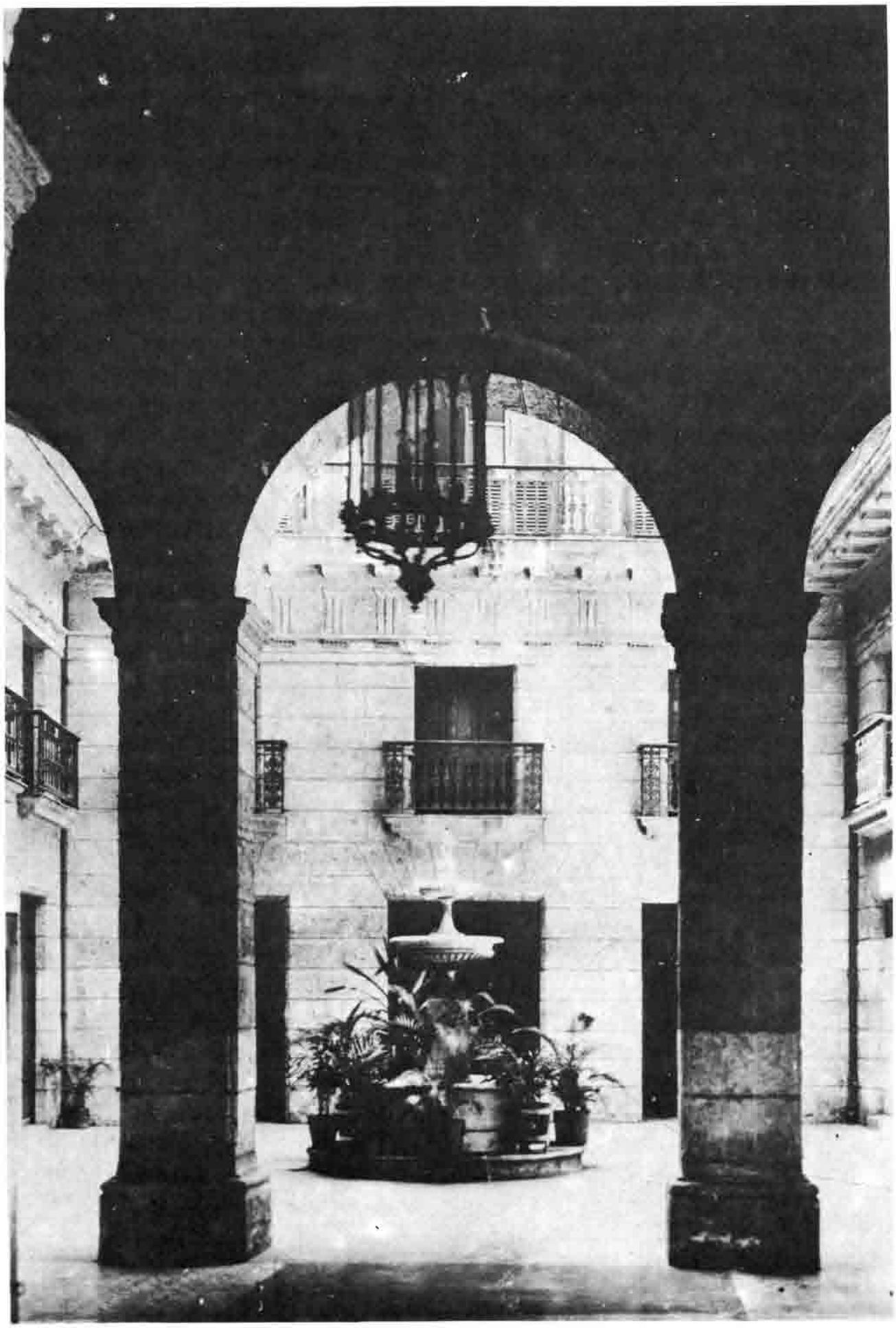
Santo Domingo en la época de su fundación

desarrollo cultural y, por el contrario, logra desencadenar una reacción literaria tal en contra de la esclavitud, que deja de manifiesto la presencia de una conciencia nacional relativametne avanzada.

El hecho que semejante percepción del concepto de nación se desarrollara precisamente en Cuba, se debe más que nada a la economía basada en la esclavitud floreciese allí aproximadamente un siglo después que en las colonias británicas y francesas. Para cuando Cuba llega a encabezar la producción del azúcar en el Caribe, ya existe un sector de la población que se considera a sí mismo propiamente cubano. No se trataba de esclavos ni de colonizadores europeos; eran criollos, ciudadanos de las Antillas —derivados de la temprana decisión española de establecer allí asentamientos de colonos.

Y es precisamente de este sector de la población de donde saldría el primer grupo de novelas que tendrían por tema la realidad del Caribe.

ROBERTA L. SALPER



Interior del Palacio Aldama en La Habana